



# La Hora Internacional

*Demetrio Boersner*

Entre el 15 de julio y el 15 de septiembre de 1990, la situación internacional sufrió un cambio brusco.

Antes del 2 de agosto, la atención del mundo estaba centrada fundamentalmente sobre Europa: la desintegración del poder soviético, la liberalización de Europa del Este, la reunificación alemana y las iniciativas de la CE. Súbitamente, la agresión iraquí contra Kuwait hizo que todas las miradas se volcaran de Europa hacia el Medio Oriente, del centro industrializado hacia la periferia productora de materia prima. Quedó desprobada en forma fulminante la absurda tesis del norteamericano Fukuyama, de que el fin de la guerra fría USA-URSS significaría "el fin de la historia".

Otras situaciones que tuvieron importancia durante el lapso señalado fueron: el trágico deterioro de la evolución surafricana y el asomo de una solución al conflicto de Camboya.

## LA CRISIS DEL GOLFO

La agresión del gobierno de Irak contra el de Kuwait constituyó una sorpresa no sólo para las potencias industrializadas sino también para las naciones del tercer mundo y del propio Medio Oriente.

La OPEP justamente acababa de celebrar una histórica reunión en la cual se logró —por primera vez después de años— un verdadero consenso para restablecer el sistema de las cuotas de exportación y tratar de estabilizar los precios en el nivel de 20 a 21

dólares por barriles. Venezuela había jugado un papel destacado y positivo, como medidor entre "duros" y "blandos", para lograr ese consenso.

Sin duda, el solitario descontento del gobernante iraquí ante la decisión de adoptar un precio que le parecía "bajo", constituyó una de las principales motivaciones de su ataque contra Kuwait. Afectada por su larga guerra contra Irán y agobiado por una aplastante deuda externa, debida a esa misma guerra, el régimen de Bagdad considera que necesita ingresos muy por encima de los que la decisión de la OPEP le auguraba.

Como lo señaló el diario español *El País* del 12-8-90, el Presidente Saddam Hussein persigue los objetivos siguientes:

- 1) Controlar más del 20% de la oferta petrolera mundial y, con ello, imponer un precio alto y dictar condiciones políticas al resto del mundo;
- 2) reducir su deuda externa en la cuantía de 10.000 millones de dólares que le debía a Kuwait;
- 3) ganar amplio y seguro acceso al mar;
- 4) tratar de convertirse en el "Bismarck" de la "nación árabe".

La reacción del resto del mundo fue de repudio casi unánime a la agresión contra Kuwait y a los planes expansionistas y hegemónicos del gobernante de Bagdad. La gran mayoría de los propios países árabes se volcaron en contra de Saddam Hussein en instintiva reacción defensiva. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con una unanimidad sin precedentes, condenó la agresión e impuso sanciones al transgresor de las más elementales normas de legalidad

internacional. Todos los miembros permanentes del Consejo —Estados Unidos, URSS, Inglaterra, Francia y China— coincidieron cabalmente en esa decisión. El mundo entero apoyó el envío de tropas norteamericanas al Golfo en la mayor operación militar desde el estallido de la guerra de Vietnam.

La propia Liga Árabe condenó al gobierno iraquí y decidió adoptar sanciones y medidas militares defensivas contra él. Regímenes árabes tan disímiles como la monarquía patriarcal de Arabia Saudita y la dictadura nacionalista-socialista de Siria se unieron a los Estados Unidos en el operativo estratégico encaminado a frenar, y eventualmente hacer retroceder, a Saddam Hussein.

En los primeros días de la crisis, cuando el gobernante iraquí no ocultaba su agresividad extrema y amenazaba a sus adversarios con la guerra química, seguramente la opinión mundial habría aprobado o por lo menos aceptado una acción norteamericana aún más extrema, que hubiese llegado hasta la destrucción de los objetivos estratégicos en Irak mediante una acción aéreo-balística. Esa fue la línea recomendada por Henry Kissinger entre otros asesores de política internacional. Pero el presidente Bush opinó que su país no estaba preparado para ello, ni militar ni psicológicamente.

Enseguida, el presidente iraquí entendió que su mejor carta era, de allí en adelante: ganar tiempo para mejorar su imagen y dividir a sus enemigos. Con habilidad, comenzó a reinterpretar la anexión de Kuwait en términos presuntamente nacionalistas y sociales. Señaló que Kuwait, antes de 1922, había estado unido a Irak. Habló del combate contra el emir de Kuwait y los demás reyes, emires y jeques del mundo árabe como de una acción revolucionaria y progresista para liquidar los privilegios injustos e implantar una mayor igualdad. Dijo que su acción iba en beneficio del "pueblo árabe" en su totalidad, y en contra del feudalismo, del imperialismo o del sionismo. Con cinismo (él, que siempre había sido laicista) apeló al sentimiento islámico fundamentalista y lanzó un llamado a la "guerra

santa". Ofreció negociar su salida de Kuwait a cambio de una desocupación de Cisjordania por Israel y del Líbano por Siria. Extremando el método demagógico, ofreció regalar su petróleo a los países más pobres del tercer mundo; ¡si éstos, rompiendo el bloqueo de las Naciones Unidas, venían a buscarlo en sus propios barquitos!

Como otros dictadores antes de él, el gobernante iraquí invoca causas justas o populares y pretende ser el paladín de las mismas. Pero lo pueblos le preguntan: ¿Acaso la agresión puede ser un método aceptable para lograr fines justos? ¿Acaso la cruel dictadura nacional-socialista de Irak es mejor que los autoritarismos (también repudiados) de los emiratos y jecados?

Otra iniciativa de Saddam Hussein, para poder hacer frente a los norteamericanos sin otros enemigos por delante, fue la de firmar la paz con Irán sobre la base del statu quo ante bellum, con total renuncia a todos los reclamos iraquíes contra el vecino país. ¡Diez años de guerra y un millón de muertos por nada!

Algunos patriotas y progresistas del tercer mundo tienden a disculpar al gobernante iraquí, señalando la hipocresía de algunos de los criterios que sus enemigos le aplican. Agredió, es verdad, —dicen—, pero otros agresores no han sido sancionados sino todo lo contrario. También señalan que lo que pudiera estar motivando a los norteamericanos y demás potencias, más que la indignación moral, es la preocupación por el petróleo.

Tienen parcialmente razón, pero ello no puede excusar ni justificar lo ocurrido, un régimen autoritario agredió a otro país, pretende monopolizar gran parte de una materia prima que toda la humanidad necesita, y desafía a las Naciones Unidas por fin refortalecidas y unánimes. Para la humanidad entera, es importante que no se imponga la violencia caudillista, sino que el mundo quede abierto al paulatino ascenso de voluntades populares progresistas, democráticamente concertadas. Para ello, la legalidad internacional encarnada por la ONU es el marco necesario e históricamente apropiado.

## MATANZAS FRATRICIDAS EN SURAFRICA

En la República Surafricana está ocurriendo una nefasta y sangrienta división del pueblo negro entre los partidarios del Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela y el movimiento tradicionalmente Inkatha, basado en la etnia zulú y dirigido por su cacique tribal Buthelezi. Durante toda la larga lucha clandestina del Congreso Nacional Africano (ANC) y la prisión de Mandela, el cacique Buthelezi y el movimiento Inkatha llevaban a cabo una política de colaboración con el poder blanco y de aceptación sumisa de muchos aspectos de la apartheid.

El estallido de las luchas callejeras —en buena parte tribales, entre las etnias zulú y xhosa—, que ya han causado centenares de muertes, entorpece el proceso de negociación y pacificación abierto entre Nelson Mandela y el presidente blanco De Klerk y sólo puede tener el efecto de poner en peligro la causa de la igualdad racial. Por ello, no se puede excluir la posibilidad de que las luchas hayan sido causadas por provocadores interesados en sabotear las reformas y conservar el opresivo e injusto statu quo.

## ¿SOLUCION PARA CAMBOYA?

Pocos pueblos del mundo han sufrido tanto como el pueblo camboyano durante los últimos veinte años. En la etapa final de la guerra de Vietnam fue invadida por tropas norteamericanas y, desde entonces, perdió su neutralidad y quedó involucrada en el conflicto de las potencias. Posteriormente, durante la segunda mitad de la década de los años setenta, Camboya quedó sometida a la espantosa tiranía genocida del Kmer Rojo, grupo pseudo-"comunista" dirigido por Pol Pot: un criminal diabólico, plenamente comparable a Adolfo Hitler. En pocos años, los Kmer Rojos asesinaron a más de un millón de sus propios compatriotas. El pueblo cambo-

yano fue salvado del exterminio total a manos de aquellos abominables fanáticos por la oportuna intervención armada del ejército de Vietnam. En una operación que merece ser calificada de humanitaria ya que puso fin al atroz genocidio del Kmer Rojo, el Vietnam ayudó a llevar al poder en Camboya a un gobierno de comunistas decentes y normales que comenzaron a reconstruir al país y a curar sus heridas.

Pero increíblemente, no sólo China (rival tradicional de Vietnam), sino también los Estados Unidos (enemigos de Vietnam por su reciente derrota a sus manos) ayudaron al príncipe camboyano Sihanouk a formar una coalición armada de fuerzas contrarias al nuevo gobierno pro-vietnamita; coalición que, junto con un bando derechista y otro centrista, incluye al grupo genocida Kmer Rojo. Desde hace más de una década, los Estados Unidos y China, apoyado por la mayoría de los países del mundo (incluidos todos los latinoamericanos con excepción de Cuba), años tras años votaron en las Naciones Unidas a favor de la coalición que incluye a los genocidas y en contra del gobierno apoyado por Vietnam y la URSS.

Pero finalmente, este año, dentro del proceso global de reconciliación norteamericano-soviética y de pacificación, la sensatez y el sentido moral están comenzando a resurgir en lo concerniente a Camboya. Los Estados Unidos, sobreponiéndose a su complejo anti-Vietnam, han resuelto conversar con ese país y buscar un acuerdo sobre Camboya, que lleve la paz a esa infortunada tierra y que impida el retorno al poder del Kmer Rojo. Las Naciones Unidas han elaborado un plan de paz y de elecciones libres, bajo supervisión internacional. Los bandos en pugna acaban de firmar un acuerdo en Yakarta, conforme el cual se establece en Camboya un Consejo de Gobierno provisional, integrada en partes iguales por: el gobierno pro-vietnamita, y los bandos coaligados antigubernistas. Encuadrado de esa manera y sometido a control internacional, el Kmer Rojo difícilmente podrá reconquistar el poder en una nación que recuerda sus espantosos crímenes y lo rechaza con odio y horror.